

Enrique Badosa: «De la antológica de Subirachs», *ABC Cataluña*, 5 de mayo 2003, p. 42

Por lo visto, no siempre es fácil tener más de una idea acerca de un sin duda importante artista. Sea éste pintor, escultor, músico, poeta, narrador, en ocasiones una parte de su obra puede impedir la debida consideración del resto tan o más importante en cantidad y en calidad. No siempre es fácil... o no hay voluntad completa de visión. Por razones de dificultad o malevolencia – léase: envidia- , los mejores e indiscutibles creadores son los más expuestos a sufrir la falta de abarcadoras ideas acerca de su obra. Y esto podría suceder, y a lo mejor sucede, respecto de creador tan indiscutible como Josep Maria Subirachs.

Cuando el escultor recibe el encargo de su trabajo en el Templo de la Sagrada Familia, obviamente se debe a un prestigiosísimo quehacer previo. Y, tratándose de un espléndido creador, lo más probable es que el gran encargo no le impida seguir el curso de una obra eminentemente personal, inconfundible a pesar de imitadores, que ya venía haciendo. Por supuesto, éste es el caso de Subirachs. Y que la magna tarea en el templo no le impide su creatividad en otros aspectos, bien pública y notoriamente queda explícito en la exposición subiraquiiana que desde el 21 de febrero está teniendo lugar en la «Sala Verdaguer», óptimamente instalada en el Palau Moja.

Subirachs y su escultura desde hace unos años, incluso fuera del templo, son algo indisociable de Barcelona. No resulta escasa la presencia de Subirachs en calles y plazas barcelonesas, de lo cual en alguna ocasión me he ocupado en estas mismas páginas. Pero la ciudad es muy grande, y la magnitud del templo de La Sagrada Familia, así como de la escultura de Subirachs en él, pueden hacer pensar que sólo en tal fábrica Subirachs ha trabajado y trabaja. Pues no. Subirachs está en dicho templo, pero también en múltiples creaciones públicas, lo mismo en España que en el extranjero, y está en museos y colecciones particulares, lo mismo nacionales que foráneas. Y a lo de la dificultad o de falta de voluntad de tener más de una idea... responde la espléndida exposición subiraquiiana con indudable éxito abierta –hasta el 11 de mayo- en la «Sala Verdaguer».

También, también exposición celebraticia: de los cincuenta años de la actividad creadora de este gran escultor barcelonés. Y en cierto modo, prólogo a la que es de desear pronta apertura de la antológica estable que se instalará en una futura fundación radicada en nuestra ciudad. La obra de un gran artista definitivamente instala en casa, su casa que es su ciudad natal. Casa, pues, de todos los barceloneses. De momento, si podemos asistir a la obra creativa de Subirachs en la Sagrada Familia, también podemos hacerlo en la «Sala Verdaguer». La antológica –magníficamente dispuesta- abarca desde 1953 a

2002. Obras de ayer y recentísimas, pues, en exposición comisariada con tanto acierto y sensibilidad por Judit Subirachs Burgaya.

Subirachs, un escultor, dibujante, grabador, pintor en plena, plenísima actividad. No se trataba de reivindicar su obra, sino de hacerla más presente para sus conciudadanos y seguidores aquí y en tantas partes del mundo. Quien de Subirachs conozca sobre todo lo de la Sagrada Familia, podrá admirar una creatividad tan original, tan personal, tan bella. Quien de ella tenía algún conocimiento lo ampliará en la contemplación de piezas que, propiedad de coleccionista, sólo se pueden conocer en las múltiples y esmeradas publicaciones que existen acerca del quehacer del escultor. Un artista que pronto sorprendió con una creación personalísima, y que, por personalísima, sigue sorprendiendo ahora mismo, y sin duda sorprenderá en el futuro. Ratifíquese en la «Sala Verdaguer».